

## LA MISION DIPLOMATICA DE AMADO NERVO EN MONTEVIDEO

Héctor GROS ESPIELI.

Hace unos años, en un ensayo en que intenté penetrar en la misteriosa relación que, en muchos casos, una la literatura con la diplomacia,<sup>1</sup> cité en la larga lista de ejemplos de poetas que han sido diplomáticos y de diplomáticos que han sido poetas, el caso de Amado Nervo.

Meses después en Ginebra, caminando una noche con mi querido y admirado amigo César Sepúlveda, la conversación se centró en Luis Padilla Nervo y después en su tío, Amado Nervo. Del recuerdo del poeta, cuyos versos tanto nos habían emocionado en nuestra juventud,<sup>2</sup> la plática derivó hacia su gestión diplomática en Montevideo, su muerte en el Uruguay y el episodio del retorno de sus restos a México en el crucero Uruguay. Sepúlveda me sugirió entonces que escribiera algo al respecto. Estas líneas son la consecuencia de ese diálogo y de esa sugerencia.

Cuando Amado Nervo llegó a Montevideo<sup>3</sup> como representante de México, para ocupar la jefatura de la misión diplomática en el Uruguay, que entonces se situaba a nivel de legación,<sup>4</sup> su fama como poeta estaba en su "zenit" y era conocido y admirado en toda América y en España.<sup>5</sup>

No nos corresponde analizar el valor literario actual de su obra y el juicio que hoy predomina sobre ella, pero es evidente que en la segunda década de nuestro siglo se le consideraba como una de las más puras expresiones de la lírica hispanoamericana, como una muestra de lo mejor de nuestra sensibilidad y como una auténtica expresión de todo lo que la poesía significaba como elemento de la renovación espiritual de nuestra América. Muerto Rubén Darío se le estimaba, con o sin razón, como el más alto exponente de la lírica americana.

Amado Nervo nació en 1870 en Tepic, México.<sup>6</sup> Su temprana vocación literaria y poética precedió en algunos años a la actividad diplomática. Secretario desde 1904 de la legación de México en Madrid, había vivido antes en Europa, especialmente en París.

En 1914 con motivo de los sucesos políticos en México, fue cesado en su cargo de primer secretario. El 28 de julio de 1916 reingresó al servicio diplomático mexicano como secretario encargado de negocios a.i. en España, siendo designado dos años después, en agosto de 1918, Ministro Plenipotenciario ante los Gobiernos de la Argentina y del Uruguay.

La actividad literaria de Nervo se inició en 1894, vinculada con el periodismo. Su primer libro de versos es de 1898. Cuando ingresó a la carrera diplomática era ya un poeta conocido y apreciado.

Pero fue en España, mientras desempeñaba su cargo diplomático, que escribió y publicó muchos de sus mejores libros: En voz baja, Juana de Asbaje, Serenidad, La Amada Inmóvil, Elevación y Plenitud.

<sup>1</sup>Este ensayo, que evoca en mí recuerdos particularmente gratos, fue publicado en *La Nación* de San José (Costa Rica), el 17 de junio de 1987, en *La Democracia de Montevideo* el 18 de septiembre de 1987 y en México en la *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, No. 446, marzo de 1988, págs. 43-44.

<sup>2</sup>Mi primer recuerdo de Amado Nervo se remonta a 1943, cuando yo cursaba 1er. año de Preparatorios de Derecho. Estudiaba con José Ma. Gimeno, José Claudio William y Antonio Grompone, en casa de Gimeno. El día de mi cumpleaños, el 17 de septiembre, la Sra. Julia Sanz de Gimeno, madre de José, me obsequió con cariñosa dedicación "La Amada Inmóvil", que leí en los días siguientes.

<sup>3</sup>Como ejemplo de la atención prestada por la crítica uruguaya a Amado Nervo y el concepto muy alto que se tenía de su obra, cabe recordar el ensayo de Osvaldo Crispo Acosta (Lauxar), escrito en abril de 1914 y publicado en *Motivos de Crítica* (edición de la Biblioteca Artigas, Colección de Clásicos Uruguayos, Tomo I, Vol. 58, Montevideo 1965, págs. 257-269).

<sup>4</sup>Las legaciones de México en el Uruguay y del Uruguay en México fueron elevadas posteriormente a embajadas. La del Uruguay lo fue en virtud de la ley No. 10.049 del 18 de setiembre de 1941.

<sup>5</sup>La obra de Amado Nervo ha sido objeto de una crítica muy abundante. Basta ahora con señalar el ejemplar de ensayo de Alfonso Reyes *Tránsito de Amado Nervo*, el libro de Manuel Durán, *Genio y Figura de Amado Nervo*, Buenos Aires, Eudeba, 1968 y el prolijo prólogo de Francisco González Guerrero a la edición de *Fuegos Fáticos y Pimientos Dulces*, México, Porrúa, 1976.

<sup>6</sup>Dice Amado Nervo en su autobiografía: "Mi apellido es Ruiz de Nervo; mi padre lo modificó, encogiéndolo. Se llamaba Amado y me dio su nombre. Resultó, pues, Amado Nervo, y ésto que parecía seudónimo -así lo creyeron muchos en América-, y que en todo caso era raro, me valió quizá un poco para mi fortuna literaria. ¡Quién sabe cuál habría sido mi suerte con el Ruiz de Nervo ancestral, o si me hubiera llamado Pérez y Pérez!".

Lógicamente esta actividad literaria, en prosa y en verso, prosiguió durante los años de alejamiento de la función diplomática y entre 1914 y 1918.

En cambio, la última etapa de su vida, -vuelto a la diplomacia, en Buenos Aires y en Montevideo, en 1919-, rica en meditaciones, en el renacer amoroso, en el epistolario, en algunas poesías sueltas y en conferencias y discursos, no pudo darnos una producción literaria, que hubiera tenido la virtud de recoger toda su experiencia y las expresiones de un nuevo estado de espíritu, en un momento especialísimo de su vida.

Con razón Alfonso de Reyes ha dicho:

“Cuando Amado Nervo murió, era ya completamente feliz. Había renunciado a casi todas las ambiciones que turban la serenidad del pobre y del rico. Como ya no era joven, había dominado esa ansia de perfeccionamiento continuo que es la melancolía secreta de la juventud. Como todavía no era viejo, aún comenzaba a quedarse atrás, y gustaba de todas las sorpresas de los sucesos y los libros: aún amanecía, cotidianamente, con el sol. Estaba en esa edad usual que ya no se ve ni se distingue, cuando ya no duele el sentimiento del yo. Por eso había logrado también dos grandes conquistas: divertirse mucho con sus propias ideas en las horas de soledad, y divertirse mucho a los demás en los ratos de conversación y compañía”.

El Gobierno mexicano solicitó el agreement para designar a Amado Nervo Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en el Uruguay el 27 de agosto de 1918. Ese mismo día, por telegrama, el Encargado de Negocios del Uruguay en México comunicó el pedido.<sup>8</sup> El beneplácito se concedió el 3 de setiembre de 1918.

La legación del Uruguay en México lo despidió con una recepción el 1 de noviembre de 1918. Viajó primero, en noviembre, a Buenos Aires (Veracruz-Nueva York-Buenos Aires).

Llegado a Montevideo, el 16 de mayo de 1919, por decreto del Poder Ejecutivo firmado por Baltasar Brum y Daniel Muñoz, se le reconoció en el carácter antes indicado (Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario), “de acuerdo con las cartas credenciales que ha presentado”.

Nervo sustituyó como Ministro de México en Montevideo a otra gran figura de la intelectualidad mexicana, Isidro Fabela, llamado a tener años después, como diplomático y jurista, un amplio y merecido renombre internacional, que lo llevó a integrar la Corte Internacional de Justicia entre 1946 y 1952.

A los pocos días de llegar a Montevideo, viviendo en el Parque Hotel, Nervo cayó seriamente enfermo. El 18, mientras presidía el Congreso Americano del Niño, su enfermedad se agravó. Era el final de una larga enfermedad (nefritis crónica, ataques de uremia).

Ningún testimonio mejor del proceso de su enfermedad que los telegramas que el Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, Daniel Muñoz, que en pocos días se había transformado en su entrañable amigo, envió al Encargado de Negocios de México en Buenos Aires.

Dicen así:

“Encargado Negocios Mejico  
Buenos Aires

Nervo enfermo - Estado no grave pero si delicado. Pídeme informe V.S. encargado reserva respecto sobrino - Está solícitamente atendido no faltándole nada. Mi familia y yo acompañamoslo a todo momento. Más tarde trasmitiré pronóstico médico después de análisis que está ahora practicándose.

Saludo V.S.

Daniel Muñoz  
Ministro Relaciones Exteriores”

“Encargado Negocios México  
Buenos Aires

Nervo sigue bastante delicado - Pensamos que si su estado permítelo convendrá llevarlo a un sanatorio - Supongo Secretario Legación Perú en esta habrá informado o informará verbalmente a V. S. sobre salud de mi apreciado amigo cuya postración preocupame hondamente. Creo sería oportuno informar gobierno mexicano sobre gravedad de Nervo, quien sigue siendo solícitamente atendido - Ministro Peruano Belaúnde veló a su cabecera toda la noche-

Daniel Muñoz  
Ministro Relaciones Exteriores”

<sup>8</sup>Todos los datos sobre la actividad diplomática de Nervo, los actos oficiales en Montevideo, su muerte y el traslado de los restos a México en el Crucero Uruguay, provienen de los Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores del Uruguay y de los recortes de prensa conservados en el Archivo Histórico Diplomático de la Cancillería. Existe también una abundante iconografía recopilada por la Escuela Naval y que se encuentra en el Museo Naval.

Nervo tuvo su último episodio romántico en Buenos Aires el año de su muerte y la presencia de su amada lo acompañó hasta el final de su vida en Montevideo.

Manuel Durán en su libro "Genio y Figura de Amado Nervo", ha contado con precisión el desarrollo de la postrera pasión del poeta.

Sigamos su versión:

"Una cantante y recitadora argentina es vista con frecuencia al lado del poeta. Se llama Perla Gaunet; es joven y hermosa. Según Hernán Robles, al salir de Buenos Aires, Nervo le pidió a la señorita Gaunet una fotografía, que ésta le regaló con una dedicatoria en que le recordaba su promesa de no olvidarla. Pero Nervo se enamora de una amiga de Perla. Es también joven, también hermosa. Sus últimos poemas serán poemas de amor; sus últimas prosas, carta de amor. "Empiezo ya a ir de aquí para allá -escribe Nervo a Carmen desde Montevideo, ciudad a la que ha tenido que viajar para un congreso y en la que morirá- y voy llenando el nimio y complicado programa que me trazan los otros. . . Esta tarde, a las tres, me recibe el Presidente. Esta noche me dan una fiesta en el Ateneo. Viene después el Congreso del Niño, con una cauda de bailes, comidas, garden parties. . . Y allá en una lejanía cada vez más distinta: Buenos Aires. . . mi teléfono, su voz de oro, su frente serena, sus ojos claros, sus largas manos elegantes, su aproximación que me hace tanto bien". "Yo soy puro y quiero que llegue un día en que como dijo Montaigne, no sepamos quién es uno ni quién es el otro. La amada de la poesía persa dice: "Hubo un tiempo en que él era él y yo era yo. Después, él era yo y yo era él. . . Y ahora no sé quién es él y quién soy yo: somos yo y somos él." La muchacha duda, y para convencerla escribe Nervo: "No escuche ni una sola palabra que pueda alejarnos el espesor siquiera de un cabello. . . Calle, piense en mí y sepa de una manera absoluta que para cada insinuación de argumento, de sugestión interior o exterior, mi corazón ha de darle a tiempo una respuesta. Los padres jesuitas me decían de pequeño: "No discutas con el diablo, porque es más fuerte que tú y te convencerá." Yo le digo: "No discuta con la duda. Arrójela sencillamente. Todo es verdad en Dios y en los corazones puros. Rien n'est trop merveilleux por être vrai".

Sus penúltimos pensamientos debieron ser para la mujer amada: "Estoy rodeado de gente -le escribía el 20-. Por Dios, no diga nada a la Legación: se lo ruego. Tres médicos me ven. . . Sólo usted me falta, pero usted está en mi alma. Es de creer que me podré ir el 24. . . ¡Qué cerca! Ya pronto estaremos juntos. Hasta luego.

Murió el 24 de mayo de 1919. A su lado se encontraban el escultor José Luis Zorrilla de San Martín -que hizo su mascarilla poco después del deceso-, Belaúnde, Ministro del Perú en Montevideo y Daniel Muñoz, Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay.

Falleció cristianamente, abrazando el crucifijo que le había regalado su hermana monja. Ante el fin de su vida cabe, en verdad, recordar la forma en que él mismo sintetizó su existencia:

"Amé, fui amado, el sol acarició mi faz. ¡Vida, nada me debes! ¡Vida, estamos en paz!"

Un joven poeta uruguayo, que en 1919 iniciaba su vida intelectual, -Emilio Oribe-, vio el cadáver de Nervo inmediatamente después de su muerte. Y "antes de que la pompa oficial se apoderase del cadáver "escribió un hermoso poema.<sup>8</sup> No me resisto a transcribirlo como expresión del dolor que embargó entonces a todos los uruguayos:

## I

Fuí a ver a Amado Nervo,  
y entré temblando en la mortuoria estancia.  
No había nadie más que yo, con él.  
Amado Nervo estaba  
rígidamente  
cubierto por la albara de las sábanas.  
Con mano trémula,  
yo descorrí los velos, y vi la frente vasta,  
la nariz aquilina, el labio inmóvil,  
los ojos fijos, la anchurosa calva.  
El cadáver tenía,  
una herida en el cuello, suturada.

<sup>8</sup>Este poema fue publicado en la revista *Nosotros*, Montevideo, 1919 e incluido luego en el libro de poesías de Emilio Oribe *El Halconero Astral*.

Yo seguí recorriendo,  
la tela, y pude ver las manos pálidas  
en la cruz,  
y con pupila fraternal y amarga  
ví todo el cuerpo escuálido, sin vida  
semidesnudo en la mortuoria cama.

II

Desde lejos,  
por la abierta ventana,  
entre un rumor de cosas familiares  
venía la luz diáfana  
de la tarde impasible.  
¡Qué tarde tan purísima y tan clara!  
¡Y el cuerpo aquel qué lívido y sombrío  
en manos de la Esfinge innominada!  
Yo comprendí entonces,  
que era cuerpo sin valor, el ánfora  
de barro, quebradiza y delesnable,  
que el Poeta al marcharse, nos dejaba  
Y que el cielo abierto, cubría de azul  
oh perfume inmortal, libre de moldes,  
huiría el alma,  
porque a mi lado, en el carnal despojo,  
la arcilla,  
-arcilla al fin!- ya no soñaba.

La muerte de Nervo provocó un inmenso sentimiento de pesar en Montevideo.

Al ocurrir su fallecimiento el Poder Ejecutivo se dirigió a la Asamblea General con un mensaje y proyecto de ley. El mensaje en lo pertinente dice: "Acaba de fallecer el señor Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos Mexicanos en nuestro país, el alto poeta Amado Nervo. El fallecimiento de Nervo constituye un duelo nacional, no sólo por la representación que investía, sino también por ser una de las más elevadas expresiones de la intelectualidad de la América Latina.

Debemos rendirle, pues, además de los honores correspondientes a su investidura, un homenaje excepcional que exteriorice los mismos sentimientos de solidaridad americana que llevaron a los Poderes Públicos de América a asociarse a nuestro dolor por la muerte de Rodó y al Gobierno de Washington a tributar singulares exequias al Ministro Pena".

El proyecto de ley fue adoptado el 11 de mayo de 1919 y promulgado por el Poder Ejecutivo el mismo día. El texto de la ley es el siguiente:

"Artículo 1 El Poder Ejecutivo tributará honores de Ministro de Estado al extinto Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos Mexicanos, el ilustre poeta Amado Nervo.

Art. 2o. El Poder Ejecutivo dispondrá el traslado a México de los restos de Amado Nervo, depositándolos, entretanto, en el Panteón Nacional.

Art. 3o. Autorízase el Poder Ejecutivo para invertir, dando cuenta, las sumas necesarias al cumplimiento de lo dispuesto en esta ley."

El Poder Ejecutivo, en cumplimiento de dicha ley, decretó el mismo día:

Artículo 1o. Tribútense honores militares de Ministro Secretario de Estado al cadáver del Excelentísimo Señor don Amado Nervo, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario que fue de los Estados Unidos Mexicanos.

Art. 2o. En todos los edificios públicos de la capital ízese el Pabellón Nacional a media asta el día del entierro.

Art. 3o. Formúlese, por el Ministerio de Relaciones Exteriores, el ceremonial a que deberá ajustarse el acto del traslado y de la inhumación de los restos del extinto Ministro Nervo.

Art. 4o. Exprésense oficialmente las condolencias el Gobierno mexicano".

Al ser depositado el cadáver en el Panteón Nacional del Uruguay, el Ministro de Relaciones Exteriores, Daniel Muñoz, expresó:

“Un deber ineludible del cargo que desempeño me pone en el duro trance de dar el adiós de eterna despedida a Amado Nervo, y así lo nombro, porque la designación de Excelentísimo Señor, que correspondía al alto rango de que el Gobierno de México lo había investido, era para él un simple aditamento adventicio, como lo es toda pompa honorífica que derive del ejercicio transitorio de un cargo público; y la Excelencia de Amado Nervo tenía una virtualidad más intrínseca, más personal, como que nacía de su propia entidad espiritual y era tan exclusivamente suya como lo es la flor de la planta que pinta sus colores y le impregna sus perfumes con los jugos y esencias de su propia savia.

Lo conocí de ayer, como quien dice, pero en ese breve tiempo en que cultivé su trato, se hizo tan mi amigo, que me permitió penetrar hasta en las más recónditas intimidades de su alma noble, buena, generosa, en la que no había ni un solo pliegue ni un solo doblez, tersa, límpida como su prosa, tierna y pasional como su poesía. Jamás oí de sus labios ni un reproche contra nadie, ni una queja contra nada. Se diría que su espíritu era un tamiz a través del cual sólo filtraban las virtudes y las bondades de los hombres y de las cosas, depurando la vida de todas las mezquindades y vilezas que la corrompone.

No soy sentimental por temperamento, y si en ya lejanos tiempos fui propenso al romanticismo, tantas crueldades se han ensañado contra mí y tantas adversidades me han atormentado, que creía ya exhaustos los manantiales de mis lágrimas a fuerza de haber llorado mucho; pero confieso que, al sentir que entre mi mano se helaba la de mi amigo moribundo y al ver que su mirada se desviaba de la mía remontándose a las alturas del infinito que ya entreveía en los ensueños de su agonía plácida y serena sonriendo como si la proximidad de la muerte le produjese la fruición de un deleite, lloré...!

Y así murió Amado Nervo, sin articular ni una sola palabra, pero pensando muchas; tranquilamente, resignadamente, sin una contorsión, sin un espasmo, como si temiese que cualquier ademán o cualquier acento pudiese alejar a la dulce amiga que se le allegaba para cerrarle los ojos y adormecerlo para siempre, con el arrullo de una tierna centinela como la que susurra la madre al mecer la cuna de su niño.

Era mi intención, porque así me lo prescribía el ritual oficial, la de no decir respecto del Excelentísimo Señor Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos Mexicanos, más que sobre lo que atañe a su alta investidura debería yo expresar como Ministro de Relaciones Exteriores; pero, al evocar su nombre, se ha antepuesto al diplomático el hombre bueno y noble, el excelso poeta, y, ante esa simpática visión, yo a mi vez me desvisto también de mis atavíos ministeriales para quedar frente a él sólo como otro hombre, Daniel Muñoz frente a Amado Nervo, para decirle, arrancando de lo más hondo de mi corazón dolorido, un fervido voto: Duerme en paz, y que la tierra uruguaya que momentáneamente cubrirá tus restos les sea leve, dejando en ella tu memoria, la simiente de que brotará la flor de un eterno recuerdo”.

Murió dulce y apaciblemente. Alfonso Reyes ha dicho con razón:

“Y fue su muerte, por la aceptación, por la sencillez, por lo dulcemente y bien que supo morir, un precioso ejemplo de la santidad de la razón”.

Nervo llegó a Montevideo el 16 de mayo. Falleció el 24. Es decir que sólo vivió en Montevideo durante ocho días y sólo durante esos ocho días cumplió sus funciones como Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario de México. En los cuatro o cinco días previos a la crisis de su enfermedad, presentó credenciales, dictó una Conferencia en el Ateneo y presidió el Congreso Americano del Niño. Es realmente asombroso que luego de tan poco tiempo de actividad oficial, su muerte haya provocado la explosión de sentimiento y solidaridad que produjo y la manifestación espontánea de cariño y de dolor de todo un pueblo y de su gobierno.

La explicación de este extraño fenómeno no es fácil, pero sólo puede encontrarse en la nombradía intelectual que Nervo poseía y, en el sentimiento que su poesía provocaba en la élite cultural del país, en la tristeza por una muerte tan rápida e inesperada y en la reacción de latinoamericanismo militante que México provocaba en esos momentos, después de las intervenciones estadounidenses de que había sido objeto y que emocionaron el corazón de una América indignada y humillada.

Hay que tener en cuenta, además, el doble factor derivado, en ese momento, del prestigio de los poetas y de lo que la poesía había significado y significaba como expresión de la conciencia latinoamericana. Durante muchos años los poetas fueron el símbolo, el espejo en el cual se miraba y se reconocía el hombre americano. Desde Rubén Darío hasta Pablo Neruda ésto fue así y el “mito” de nuestros poetas marcó a sucesivas generaciones. Hoy nos reconocemos preferentemente en los novelistas y en los ensayistas, sin que ésto implique desconocer la proyección americana que, en los mismos años de Nervo, tuvo nuestro gran Rodó. Amado Nervo murió en un momento en que reinaba el culto a la poesía

y, cuando el alma latinoamericana soñaba, sufría y vibraba leyendo a sus grandes líricos.

La admiración y el cariño por Amado Nervo se mantuvo durante largos años, en el Uruguay. Y el recuerdo de su muerte y de los homenajes a que dio lugar el retorno de sus restos a México en el Crucero Uruguay pasó a ser un orgulloso patrimonio del pueblo uruguayo.

Inhumados provisionalmente los restos de Amado Nervo en el Panteón Nacional, se adoptaron las medidas para su traslado a México.

Oportunamente se dispuso que serían transportados en el crucero Uruguay, que llevaría a bordo, como guardia especial, treinta y tres cadetes de la Escuela Nacional.

El Ministro de Guerra y Marina del Uruguay, General Ruprecht, dirigió, con fecha 8 de setiembre de 1919, una carta al Ministerio de Guerra y Marina de México -que fue llevada por el Comandante del Uruguay-, informándolo del viaje del buque uruguayo y de su razón. En esta carta se dice:

Una circunstancia intensamente sensible ha determinado el viaje del crucero 'Uruguay' a vuestro país. La repatriación de los restos del que fue vuestro ilustre representante diplomático, descollante literato y eximio poeta, era un deber imperioso que cumplimos en homenaje de sincero afecto al noble pueblo hermano.

Debo agregar a las manifestaciones tributadas y que por diversos conductos habrán llegado a conocimiento de V. S., mi especial saludo, al señor Encargado del Despacho del Ministerio de Guerra y Marina.

He ordenado al comandante del crucero 'Uruguay', Capitán de Fragata, don Tomás Rodríguez Luis, entregue personalmente a V. S. la presente carta y exprese mis sentimientos de cordialidad y afecto para el Ejército y Marina mexicana.

Por vía diplomática se convino con la Argentina que el Crucero Uruguay sería escoltado por el Crucero 19 de Julio.

El 9 de setiembre los restos de Amado Nervo fueron trasladados del Panteón Nacional al Puerto de Montevideo, para ser embarcado en el Crucero. Un cortejo multitudinario acompañó el traslado. A bordo del Crucero se realizó una ceremonia, con la presencia del Presidente de la República, Dr. Baltasar Brum, del Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Gabriel Terra, del de Guerra y Marina, General Ruprecht, y de otros ministros de Estado y del Cuerpo Diplomático. En nombre del Gobierno uruguayo habló el Canciller, Dr. Gabriel Terra.

El Crucero Uruguay, comandado por el Capitán de Navío, Tomás Rodríguez Luis y en el que viajaba también el Director de la Escuela Naval del Uruguay, Capitán de Navío Ramiro Jouan, zarpó de Montevideo escoltado por el 19 de Julio, el 10 de setiembre. Luego de escalas en Río de Janeiro y en Pernambuco, el Uruguay hizo rumbo a la República Dominicana, en ese momento bajo ocupación norteamericana. Al entrar en el Puerto de Barahona, a fines de setiembre, se produjo un episodio digno de recuerdo. El Crucero Uruguay llevaba el pabellón dominicano al tope de su palo mayor. El Comandante de la plaza, autoridad de ocupación, le ordenó enarbolar la insignia norteamericana. El Capitán Rodríguez Luis contestó: "la bandera dominicana no se arría", y haciendo rumbo a poniente se dirigió hacia Montego Bay, en Jamaica.

Luego la flotilla uruguayo-argentina enfiló hacia La Habana. En Cuba se celebraron múltiples actos y ceremonias de homenaje a Amado Nervo, con participación de los marinos uruguayos y argentino. El viaje prosiguió con la adición de barcos de guerra de las marinas de Cuba (Crucero Cuba) y de México (cañonera Zaragoza).

La flotilla llegó a Veracruz el 11 de noviembre. No es nuestra intención recordar en detalle los actos cumplidos en el Puerto, la participación en ellas de los marinos uruguayos, el traslado a México D. F., ni las ceremonias finales de exhumación de los restos de Amado Nervo en el Panteón de los Héroes -en la Rotonda de los Hombres Ilustres de la capital azteca- el 14 de noviembre de 1919.

Sólo queremos recordar que en los actos en la ciudad de México, los marinos uruguayos cumplieron un intenso programa de actividades representativas y culturales, que incluyó entrevistas con el Presidente de la República Mexicana, Venustiano Carranza, el Secretario Guerra, Gral. Francisco Urquiza, y el Secretario de Relaciones Exteriores. En todos estos actos participaron el Encargado de Negocios del Uruguay, Pedro Erasmo Callorda, que además hizo uso de la palabra en la ceremonia de exhumación, así como el Sr. Juan Carlos Carbajal en nombre del Instituto Normal de Montevideo y el cadete uruguayo, Mario Collazo Pittaluga.

El Crucero Uruguay partió de regreso de Veracruz el 25 de noviembre de 1919 y luego de un largo viaje (Limón, Colón, Panamá, El Callao, Valparaíso -en donde permaneció entre el 3 y 9 de enero de 1920-, Estrecho de Magallanes y Bahía Blanca), regresó a Montevideo.

El viaje del Crucero Uruguay tuvo un doble significado y una doble trascendencia. Por un lado hizo posible el home-

naje continental a Amado Nervo. En Río, en Pernambuco y en La Habana, su obra fue reconocida y exaltada, y toda la intelectualidad latinoamericana -porque la prensa de todo el continente dio a conocer con lujo de detalles las alternativas del viaje y los actos y ceremonias que se iban cumpliendo- vivió en una admirativa solidaridad con el poeta muerto tan lejos de su patria. Por otro, los jóvenes marinos uruguayos conocieron pueblos y países hermanos, se impregnaron del sentimiento de la solidaridad americana, vieron la grandeza y el sufrimiento de nuestros pueblos y crearon perdurables vinculaciones. Todos ellos integraron una gran generación de marinos militares, que fue orgullosa defensora de la gran tradición democrática del Uruguay y que sintió hondamente la unidad de la América Latina.

La gestión diplomática de Amado Nervo en Montevideo duró sólo ocho días. En ese brevísimo lapso estrechó sólidas amistades, con los medios gubernamentales, culturales y políticos del país. Es obvio que, pese a su simpatía y a su atractiva personalidad, ello hubiera sido imposible si no hubiere venido precedido de una fama literaria que, en ese momento, cubría todo el mundo hispano parlante. Luego de la muerte de Rubén Darío y, muy poco antes de la de José Enrique Rodó, con la pérdida consiguiente del primer poeta y del más excelso prosista de la América íbera, Amado Nervo atraía sobre sí el aplauso y la admiración de nuestras "élites" intelectuales. Pero además Amado Nervo simbolizaba, como mexicano, la dignidad de nuestra América en un momento especialmente doloroso de intervenciones y prepotencias imperiales en Centroamérica y el Caribe.

Por eso la muerte de Amado Nervo dio lugar a un duelo continental y a una explosión de solidaridad americana que enorgullece, pero que aún hoy asombra.

Esa flotilla uruguaya-argentina-cubana-mexicana, llevando los restos mortales de un poeta, muerto cumpliendo una misión diplomática de su patria ante un pueblo y un gobierno hermano, es un símbolo de todo lo profundo, entrañable e indestructible que nos une.

Por eso este episodio debe recordarse siempre, y por eso el Uruguay se enorgulleció y se enorgullece de haber organizado el retorno apoteósico de Amado Nervo desde las orillas del Río de la Plata a su tierra mexicana, a esa ciudad de México edificada al pie del Popocatepetl, en el valle que fue, al decir de Alfonso Reyes, "la región más transparente".